

NOVELA POR ENTREGAS

# BERLÍN

TERCERA ENTREGA

MARÍA MARTÍN RECIO

## TERCERA ENTREGA

Así lo hicieron. Aoife y una de las chicas se situaron a izquierda y derecha de la polaca y la cargaron en hombros para sacarla de aquel antro. Agnieszka se lamentaba de manera continua debido a la situación tan bochornosa que había provocado en el bar. No era la primera ni segunda vez, que la misma camarera se les acercaba para llamarles la atención. Esta vez, no parecían presentarse más oportunidades. La mirada de la camarera dio a entender enseguida que sería mejor olvidarse de aquel bar durante una temporada o colgarían una foto de sus caras en la pared de la vergüenza. De ser así, el portero sí que no las dejaría entrar nunca más. La otra amiga de Agnieszka no paraba de hacerles fotos por el camino, así como someterlas a interrogatorios sobre las aventuras vividas aquella noche. Agnieszka que apenas articulaba palabra, se dedicaba a sonreír a la cámara y a decirle barbaridades a la fotógrafa. Tuvieron que hacer una parada por petición de Agnieszka en el puestecito de *Fish and Chips* que se encontraba de camino al apartamento.

—Cuatro raciones con doble de vinagre y ketchup por favor— dijo la Agnieszka metiéndose las manos en los bolsillos, buscando su monedero como una loca. ¿Dónde está mi cartera?

—Yo tengo dinero— respondió Aoife. ¿Estás segura de que tu estómago tolerará este montón de mierda?

—Doce con noventa por favor—dijo el muchacho que trabajaba al otro lado del mostrador. Te sentará muy bien amiga, no te olvides de beber mucha agua antes de irte a dormir o mañana te acordarás de mis palabras, aunque, a decir verdad, es más probable que las olvides.

—Yo tengo un truco infalible, por eso estoy aquí—dijo Agnieszka. Una porción de *Fish and Chips*, medio litro de agua y un ibuprofeno. Mañana me levantaré como si nada hubiese pasado.

—Eso no se lo cree nadie—susurró una de sus amigas.

Agnieszka no paraba de meter las manos en la bolsa para echarse patatas fritas a la boca. Laura y Anja, que así se llamaban las dos polacas, arrancaron la bolsa de las manos de su amiga y salieron corrieron hasta el portal del apartamento para que esta no les estropease el desayuno por el camino. Vivían en un tercer piso sin ascensor, por lo que Aoife tuvo que ejercer de peso detrás de Agnieszka, y sujetarla por detrás para que esta no perdiese el equilibrio y acabase



## BERLÍN

cayendo por las escaleras. La irlandesa no estaba menos borracha que Agnieszka, pero al menos conservaba el sentido de la responsabilidad. Era totalmente consciente de lo mal que lo pasaría al día siguiente cuando la resaca llamase a su puerta. Entraron al piso y dejaron los zapatos en la puerta. La casa era bastante minimalista por no decir que apenas contaba con mobiliario, todo parecía haber salido de un anticuario o del mismo contenedor de reciclaje. El sofá del salón estaba cubierto de ropa vieja y zapatos sin emparejar. La única habitación del apartamento contaba con un colchón enorme sin somier y las baldosas del baño estaban teñidas por un amarillento más intimidatorio que el sarro de los dientes de Pavel, el jefe de cocina del hostel. Las chicas habían preparado una mesa de revista con platos y vasos de cerámica sueca. Abrieron las ventanas para que entrase la luz del amanecer y colocaron los trozos de pescado y patatas fritas de una manera muy sofisticada.

Aoife metió a su compañera en la bañera a las malas, ya que esta seguía empeñada en comer lo antes posible. Fue entonces cuando la irlandesa abrió el grifo de agua fría empapándola. La polaca no paró de chillarle atrocidades hasta el final del lavabo.

—Ya verás cómo me lo agradecerás más tarde — dijo Aoife mientras la secaba.

—¿Esto que siento es hipotermia? — respondió Agnieszka.

—Lo que siente es una caraja que ni tu misma te aclaras con tus sensaciones. Ahora ve y cómete tus patatas fritas, deben estar más tiasas que un guardia del palacio de Buckingham.

Cuando ambas compañeras pasaron a la cocina, Laura y Anja ya habían hecho un reportaje fotográfico para la red social de moda.

—¿Qué hacéis? — preguntó Aoife—. ¿Podemos sentarnos ya?

—Espera un momento, tengo que echar la foto desde un poco más lejos. Si no, no habrá manera de hacerla encajar en Instagram.

—¿Insta qué?

—Instagram es una red social solo para fotógrafos, ¿sabes? La gente pone fotos con bastante nivel. También tiene muchos filtros, mira el Valencia, le da un toque súper *vintage*, ¿verdad?

—Comamos, tengo que marcharme al hostel. Será mejor que llegue antes que el jefe, o sabrá que estuve de fiesta hasta las tantas.

—¿Y qué?, ¿es acaso tu padre para decirte lo que tienes que hacer?



BERLÍN

—En cierto modo sí lo es, es la persona que me da techo y me paga las libras con las que hoy desayuno esta mierda, que por cierto ya está fría.

—Relájate y tómate esto — dijo Laura, acercándole un pequeño vaso con un líquido verdoso.

—¿Qué es esto?, ¿no crees que ya estamos suficientemente borrachas?

—Dime Aoife, ¿cuántos años tienes? — preguntó Anja, mientras añadía un poco de hachís a su cigarro de liar.

—Veintiuno, ¿por qué lo dices? No te pienses que no he hecho esto más de una vez, no soy una niña. Me gusta la fiesta igual o más que a vosotras, pero este es mi primer mes de trabajo y creo que no vendría de más comportarse, no me apetece volver a Irlanda tan rápido.

—¡Eh, tranquila!, no es más que un licor que compramos la última vez que estuvimos en Berlín.

—¿Berlín?

—Sí, Berlín, Alemania, ¿has estado?

—No, ¿debería?

—Ricura, no sabes lo que te pierdes... Laura y yo nos mudamos allí dentro de poco. Hemos alquilado un pequeño local en el barrio de Neukölln y vamos a abrir una pequeña tienda con ropa de segunda mano. La gente paga mucha pasta por esos trapajos, ¿sabes?

—¿En serio?, esas reliquias no las aceptaría ni en el Caritas de mi barrio.

—Para que veas, los alemanes aprovechan todo y nosotras vamos a sacar partido de ello. Además, Berlín es una ciudad súper liberal, es la capital del techno, por no hablar de la cantidad de maricones y lesbianas con ganas de experimentar.

Aoife se bebió el chupito de un trago y acabó con las pocas patatas que quedaban en su plato. Agnieszka se había quedado dormida con la cara encima del plato. De poco había servido la ducha que su compañera de habitación le había proporcionado. Laura encendió su portátil, lo conectó a los altavoces que tenían en el salón y seleccionó un recopilatorio de Hip-hop noventero. Aoife empezó a mover los hombros de lado a lado al reconocer la canción que su hermana siempre ponía cuando su madre se marchaba al trabajo.

—*Biggie, Biggie Biggie can you see?...* — Tarareaba Aoife.

—Sí, la conoces. Me mola tu ritmo— dijo Laura.

Aquella melodía le trajo muy buenos recuerdos, se sintió tan a gusto en aquella sala de estar, que no pudo hacerle ascos a las chicas cuando estas le pasaron el porro. Al poco rato decidieron marcharse a la habitación dejando sola a Agnieszka, para que esta descansase tranquila. Dejaron el portátil encima de la mesita de noche y se tumbaron bocarriba observando por la ventana como el sol empezaba a asomar en el horizonte.

—Dime Aoife, ¿a cuántas tías te has tirado? —dijo Laura quitándose la camiseta.

—¿Perdona?

La polaca lucía un precioso sujetador de encaje que poco dejaba a la imaginación de las espectadoras.

—Sí, no te preocupes por nosotras, no le diremos nada a Agnieszka. Después de lo de esta noche, no creo que la sorprendas.

—No sé a qué te refieres. No me he acostado nunca con una mujer. Jamás lo he pensado, y si lo he hecho no ha sido un pensamiento continuado con ansia de solución.

—Venga Aoife, te hemos visto salir del baño con esas tres arpías, que se han follado al noventa por ciento de las bolleras de Manchester. ¿Me estás diciendo que te has pasado casi una hora en el baño hablando con ellas?

—¿Qué estás diciendo?, me han dejado pasar porque me estaba meando y las muy zorras no salían del baño. Me han dicho que, si quería mear, tendría que hacerlo con ellas dentro y si te digo la verdad, necesitaba hacerlo o iba a explotar ahí mismo. Luego se han liado un peta, le he caído bien a una de ellas, y nos hemos montado un submarino en el maldito retrete.

—*Ja-ja-ja*, esta es la mejor trola que me han soltado en mucho tiempo. ¿Me estás diciendo que no te has refregado con esas tres?

—No, ¿qué gano yo inventándome semejante historieta?

—Bien, me quedo mucho más tranquila. No me apetecía revolcarme contigo después de haber pasado por todas esas manos llenas de sucia lujuria lésbica.

Aoife miró a la polaca como quien ve por primera vez a un fantasma. Sintió entre miedo e incomodidad, ya que nunca una mujer le había tirado los trastos. De hecho, jamás pensó que las mujeres jugaran su suerte de un modo tan directo y desafiante.

—¿Qué me dices? — preguntó Laura —. Querrás que alguna de nosotras tenga una buena historia que recordar mañana. No ha sido la noche más divertida que digamos.

Fue en ese preciso instante cuando Aoife empezó a entenderlo todo. Miles de imágenes de aquella noche empezaron a invadir su mente. Sus ojos se quedaron en blanco mientras la muchacha sufría alucinaciones varias. Primero vio a aquellas tres jóvenes en el baño tonteando e intentando meterle mano; más tarde esquivaba las manos de Laura y Anja quienes trataban de adentrarse en su camiseta ascendiendo lentamente hacia sus pechos; y finalmente se encontró bailando sola en medio de la pista. Al alzar la mirada, solo veía mujeres a su alrededor, no había un maldito hombre en el local que no fuese alguno de los camareros. Todas la miraban.

—¡El Chocolate es un bar de lesbianas! – exclamó de golpe Aoife, volviendo de su sueño más lúcida que nunca.

—¡Bravo niña! ¿En serio te acabas de dar cuenta? No puedo creer que Agni no te hubiese dicho nada. A ver, ella no es cien por cien bollera como nosotras, ¿sabes?, tiene esos bajones repentinos y repugnantes en los que necesita un capullo con dotes viriles, ya sabes... No le basta con un consolador, necesita una repugnante po...

—Sí, sí no te esfuerces. Te he entendido perfectamente. El caso es que la comprendo.

—Eso es porque todavía no has probado a una mujer y hablas desde la ignorancia más inocente.

Quizás la polaca llevaba razón en eso de que Aoife tenía que dejarse llevar y vivir una experiencia que realmente llevaba esperando mucho tiempo. Concretamente desde el día en que perdió la virginidad. Fue un 7 de junio a sus diecisiete años con el mismo novio al que había roto el corazón hacía poco más de un mes. Niall no era un chico muy guapo, pero tampoco se podía decir que fuese feo. Venía de una familia tan pobre como la de Aoife, de hecho, vivía a tres bloques de su edificio. El joven siempre tuvo la esperanza de convertirse en jugador de rugby profesional. Aoife solía verle pasar por delante de su ventana y no podía evitar las carcajadas al verle caminar descompensado, fruto de la carga a sus espaldas de una bolsa de deporte que hacía dos de él. Niall vivía con su padre, el que aparte de machista y alcohólico, era un gran irresponsable incapaz de proveer al chaval con una infancia memorable. Tras perder a su mujer durante el parto de su hijo, este se metió a la bebida y gastaba su ruinoso salario de



## BERLÍN

barrendero en cerveza y máquinas tragaperras. El día en que Niall cumplió los quince años, su padre se presentó en el dormitorio del chico con una caja de preservativos y una botella de güisqui. Su hijo no solía recibir regalos, así que aceptó ambos presentes con el poco cariño que sentía hacia su progenitor. Niall ya había experimentado alguna que otra borrachera con sus amigos del barrio, incluyendo a Aoife. La mayoría de los vecinos de la zona eran alcohólicos y de vez en cuando los hijos se tomaban la libertad de arrebatárselos los destilados cuando estos apenas podían articular palabra durante sus largas sesiones de Dominó en el bar de la asociación de vecinos. Era entonces cuando los chavales se reunían en los acantilados, el único lugar donde respirar aire puro y donde olvidar lo que sucedía unos kilómetros más abajo. El día de San Patricio Aoife y Niall se quedaron un rato más en el despeñadero. No hacía nada de frío y eso que todavía no había entrado la primavera. Ambos llevaban unas cuatro Guinness en el cuerpo y medio día sin comer.

—Aún sigo sin creer, que mi padre pudiese regalarme una botella de güiski y unos malditos condones para mi cumpleaños.

—Espero que al menos te la bebieras —dijo Aoife con tono burlón.

—A la mañana siguiente cuando me desperté, la botella estaba vacía y mi padre tirado en el suelo de mi habitación a pierna suelta — dijo Niall agachando la cabeza.

—Mira el lado positivo, al menos te dejó los condones.

—Gracias, pero eso no me consuela Aoife. A veces me gustaría saber cómo hubiese sido mi vida, si mi madre hubiese estado aquí.

Aoife pegó un largo trago a su Guinness para seguidamente romper el hielo con un largo eructo que calló a los grillos que cantaban a su alrededor. Así consiguió evitar la incómoda conversación y focalizar toda la atención del chaval en su poderosa y sonora intervención. El joven no pudo evitar la risa y pronto se olvidó de aquellos pensamientos que a veces le torturaban. Se miraron el uno al otro, como solo dos adolescentes lo harían, llenos de curiosidad y hormonas a punto de estallar.

—Creo que deberíamos probar ese regalo que te hizo tu padre —dijo Aoife indiferente.

—Ya te dije que mi padre se bebió la botella la misma noche que me la regaló.

—No imbécil, hablo de las gomitas.



## BERLÍN

Niall enrojeció e intentó mirar hacia otro lado para que esta no se percatara. Sin quererlo aquella iba a convertirse en su primera vez y con una chica que nunca le disgustó. No se trataba de una modelo ni mucho menos, pero sus carnosos mofletes y el medio flequillo que lucía la joven aquella noche le recordaban al póster de Jessica Alba que este tenía en el techo de su habitación.

Continuará...